

REVISTA SEMANAL DE TEATROS Y AMENA LITERATURA



ANALES

DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II.

OBRA PÓSTUMA

DE DON JAVIER DE BURGOS.

Ocioso es encarecer el gran mérito de las relaciones contemporáneas para la cabal inteligencia de la historia. Sin ellas, las colecciones diplomáticas parecen como faltas de vida. Aun respecto de las edades en que el pensamiento no era libre, y en que, por ser difíciles los medios de publicidad, cabia desfigurar mas impúnemente los sucesos por enemistad ó por lisonja, tienen imponderable valor las aseveraciones de los que refieren lo que vieron con sus propios ojos. Que la pasión guía á veces su pluma, no es lícito negarlo: por eso la sana crítica investiga cuidadosa lo que el testigo ocular escribe; deslinda los hechos y las opiniones; indaga qué medios tuvo el autor para profundizar la materia de que trata, cuál era su posición social, hasta dónde se estendian sus conocimientos, y la relación en que se hallaban sus doctrinas con el curso general de los sucesos. De este detenido análisis, aplicado á cada uno de los escritores que se esforzaron por transmitir á la posteridad los acontecimientos de una nación, en un período dado, juzgándolos á su manera, resulta la verdad matemática que nunca puede aspirar al puesto que la verdad histórica probada ocupa.

Para comprender á fondo la heroica lucha de España contra el capitán del siglo, no basta estudiar la obra justamente célebre del conde de Toreno, diputado en las Cortes de Cádiz, ardiente defensor de las reformas, y por consiguiente resuelto adversario del régimen antiguo; es menester, además, parar la consideración en los escritos de polémica del Pa-

dre Alvarado, religioso dominico, tan enemigo de los franceses como del nuevo orden de cosas que iban instalando las Cortes; y conviene asimismo examinar la vindicación de Ofarril y Azanza, esclarecidos militares y españoles sin mancilla, hasta que por juzgar temeraria la resistencia de sus compatriotas al belicoso ímpetu y á la sagacidad artificiosa del arrogante avasallador de naciones, ó por otras causas, se pusieron del lado del monarca intruso, y no vacilaron en ser sus ministros. Teniendo á la vista estos datos que interpretan legítimamente las diversas opiniones de los liberales, de los serviles y de los afrancesados, se puede avalorar la historia de los hechos morales, é incorporarla á la de los hechos materiales, consignada en los papeles de oficio de 1808 á 1814.

Por un procedimiento análogo para conocer lo acaecido desde la muerte del último Fernando, hay necesidad de oír á los que, invocando el tratado de Utrecht, que, de haberse observado á la letra, hubiera escluido del trono á Carlos IV, creyeron derogada la ley que, á falta de varón, llama á las hembras á la sucesión de la corona: á los que, después de beber por largos años las aguas de extranjeros rios, se agruparon en torno de la augusta princesa que les abrió con benéfica mano las fronteras de la patria; y á los que, deplorando las calamidades de la reacción á que sirvió de instrumento el duque de Angulema, y no siendo víctimas de persecuciones, concebían posible el noble propósito de caminar pausadamente, aunque sin pararse nunca, por la vía de las reformas, y de hacer frente á un mismo tiempo á la inmensa mayoría de los sostenedores del sistema antiguo, declarados en rebeldía, y á los que se mostraban impacientes por estirpar hasta la posibilidad de que es renovar las escenas crueles que los arrastra-

ron al destierro y á muchos de sus compañeros, mas sin ventura, al suplicio.

Tomando en cuenta estas observaciones generales para hablar de los *Anales de Isabel II*, empezamos por calificar su importancia de grave. Don Javier de Burgos como hábil administrador, consumado político, entendido literato y una de las cabezas mas privilegiadas entre las eminentes de su tiempo, por necesidad habia de reunir superabundantemente las dotes que se requieren para escribir historia. Actor muy principal en los primeros sucesos del reinado de Doña Isabel II, se hallaba en aptitud de penetrar los orígenes mas recónditos de ellos: espatriado voluntariamente desde 1835 hasta 1840 y residente en París, dedicó sus ocios á componer el libro de que ya van publicados tres tomos. Su íntimo amigo el entendido don Felix Reinoso y otros muchos amigos tambien suyos, y personas de gran nota le comunicaban periódicamente lo que en la corte y en las provincias acontecia; á su alcance estaban los documentos oficiales: alternativamente los trastornos políticos y el venturoso desenlace de la guerra civil llevaban á la emigracion personajes de los opuestos bandos, y con muchos de ellos consultaba el señor Burgos lo que llevaba escrito, y lo perfeccionaba de resultas de sus noticias. Como apóstol del orden desde muy antiguo y hombre grandemente ilustrado, tenia igual aversion á los tumultos que á las reacciones: aspiraba á buscar los remedios de los abusos, cuidando de que no hubiera abusos en los remedios. Este laudable conato se observa en el espíritu de su obra. El que, con singularísima entereza, aconsejaba á Fernando VII en 1826 promulgar una amnistia sin escepciones, ó reduciéndolas á escaso número si habia de determinarse alguna: el que, en medio del furor de las persecuciones, predicaba tolerancia, y trabajaba por restaurar el crédito de la nacion y por el acrecentamiento de los intereses materiales, lógicamente anhela, siendo ministro de Fomento en 1834, llegar por apacibles senderos á los adelantos políticos y sociales. Pero su voz desoida en 1826; el encarnizamiento del fanatismo arreció en 1831: los emigrados con capacidad para ascender en sus respectivas carreras, con ambicion para solicitar el

mando, con resentimientos en los corazones, y contando por vigorosos auxiliares á los jóvenes, testigos del afrentoso gobierno que perseguia la ciencia hasta el punto de cerrar las universidades, no podian resignarse al papel pasivo á que los condenaba el célebre é impremeditado manifesto de 4 de octubre. «Yo trasladaré el cetro de las Españas á manos de la reina á quien se lo ha dado la ley, integro sin menoscabo ni detrimento, como la ley misma se lo ha dado.» Estas fatídicas palabras, puestas en boca de la Reina gobernadora por sus con-ejeros, habian de sonar naturalmente en los oídos de los emigrados como el *Lasciate ogni speranza voi c'entrate*, del Dante. Sobremanera imprudente era vaticinar lo que habia de suceder durante el curso de once mortales años en circunstancias sumamente azarosas, y en las que no habia modo de augurar los sucesos del día siguiente. Asi, en vez de amilanarse, los hombres que profesaban las ideas anatematizadas en el manifesto de 4 de octubre, reconcentraron sus esfuerzos para abrirse paso, y pocos meses despues se publicaba una ley fundamental del Estado y se convocaban las Córtes del reino. Por consiguiente, en nuestro sentir el elevado designio del señor Burgos de adelantar imperturbablemente y con cordura por el camino de las reformas, pudo realizarlo Fernando VII en 1814, y aun en 1823; mas era de todo punto quimerico é inverosímil que lo realizara la ilustre gobernadora del reino en 1834, cuando la masa de los defensores del absolutismo de su esposo esgrimia las armas ó profesaba opiniones en favor de su rebelde cuñado.

Sin mas que lo que llevamos dicho, se demuestra, que los *Anales* debidos á la pluma del señor Burgos, no son la expresion de las opiniones de los que, invocando el tratado de Utrech, creyeron derogada la ley que á falta de varon llama á las hembras á la sucesion de la corona, aunque se revocó en las cortes de 1789; ni tampoco de los principios proclamados por los que, despues de beber por largos años las aguas de estrangeros rios, se agruparon en torno de la augusta princesa que les abrió con benéfica mano las fronteras de su patria. Los *Anales de Isabel II* simbolizan la doctrina de los que, deplorando las calamida-

des de la reacción á que sirvió de instrumento el duque de Angulema, y no siendo víctimas de persecuciones, concebían el noble propósito de caminar pausadamente, aunque sin pararse nunca, por la vía de las reformas, y de hacer frente á un mismo tiempo á la inmensa mayoría de los sostenedores del sistema antiguo, declarados en rebeldía, y á los que se mostraban impacientes por estirpar hasta la posibilidad de que se renovaran las escenas crueles que los arrastraron al destierro, y á muchos de sus compañeros, mas sin ventura, al suplicio.

Fijado así el espíritu de la obra del señor Burgos, es tarea en extremo desembarazada hablar de su desempeño. No tratándose de un autor novel, sino de un hombre reconocido como maestro no menos en administracion que en literatura, escusado es que nos detengamos en encomiar el buen método del libro, la elevacion de miras que se nota en el texto, la magestad de la narracion, la pureza y elegancia del estilo.

Ocho libros van publicados en los tres primeros tomos. Abraza el primero de aquellos, desde la muerte de Fernando VII hasta la subida de Martinez de la Rosa al ministerio: el segundo hasta la llegada de Mina á Pamplona: el tercero hasta la batalla de Mendigorría: el cuarto hasta la caída de Toreno: el quinto hasta la disolucion de las juntas: el sexto hasta la toma del Santuario de Horts por Mina: el sétimo hasta la formacion del ministerio Isturiz: y el octavo hasta el pronunciamiento de la Granja.

Por igual resulta la habilidad del señor Burgos al trazar los retratos de los personajes de mas nota, al desenvolver las intrincadas complicaciones de las diferentes crisis, y al describir el progreso de las operaciones militares. Tanto embeleso produce hallar referidos con tanta maestria los sucesos que han pasado á nuestros ojos, como pesadumbre causa que el eminente autor se privara voluntariamente de gozar en vida de los aplausos de que le hace digno su obra. Cuando la publicacion termine, completaremos su análisis puntualizando sus mas principales bellezas.

Por hoy concluimos nuestra tarea manifestando, que la obra del Sr. Burgos cumple ad-

mirablemente las condiciones del programa que en las primeras líneas de su libro primero, formula de esta manera.

«Propóngome consignar en estas páginas los sucesos ocurridos en España despues de la muerte de Fernando VII; desenvolver su origen; fijar su índole; señalar su enlace; mostrar de qué modo algunos; en que nadie reparó, influyeron en otros gravísimos, y hacer ver por qué trámites han llegado la causa de Isabel II y la suerte de la nación española al estado en que hoy se encuentran. No les han traído á él ni grandes batallas, ni cumplidas negociaciones; ni ocurrencias de que, por su publicidad, puedan todos calcular el alcance ó determinar el influjo, sino hechos que todos ignoran en todo ó en parte, ó que han sido por lo comun mal comprendidos y peor calificados. Si, al desentrañar estas causas, tengo tal vez que detenerme sobre las personas que, de un modo ú otro, han contribuido á su desarrollo, y descender á pormenores que, en cierta manera, pueden llamarse domésticos, no temo que parezcan estos poco dignos de la magestad de la historia, cuando se piense que ellos solos pueden explicar muchos hechos políticos que, por falta del conocimiento de sus antecedentes ocultos, se han juzgado generalmente de un modo erróneo. Revelándolos, la exactitud mas escrupulosa, la imparcialidad mas severa, guiarán mi pluma, y señalando errores funestos, y de ellos tal vez sacando las consecuencias deplorables, procuraré que no se resienta mi lenguaje de la vehemencia de mi patriotismo.

AMENA LITERATURA.

BELLINI.

¿Quién no esperimentó algunos años ha, un sincero dolor al saber la muerte del ilustre autor de los *Puritanos*, de la *Norma*, de la *Sonámbula*, del *Pirata* y de tantas otras obras maestras? ¿Quién pudo reprimir una lágrima de compasion y de tristeza, cuando la muerte arrebató al pobre Bellini en la flor de su edad, agasajado, querido de todos y en el momento en que, rico ya con un nombre célebre, ceñía su frente de brillante aureola de gloria?

Esta pérdida tan sentida está demasiado reciente para que se haya olvidado, para que se haya entibiado todavía su doloroso recuerdo. Ninguna simpatía puede haberse desvanecido, y no creemos presumir demasiado, confiando en que lo que vamos á referir escitará vivísimo interés, en que el lector seguirá nuestro triste relato con sostenida atención. No, no creemos presumir demasiado, porque lo que vamos á contar es la historia secreta de los últimos años de Bellini; es en nuestro concepto (y aunque existen sobre este punto otras muchas versiones), la verdadera causa de su muerte, causa que ninguno de sus amigos ha sabido y que toda Europa ha ignorado hasta ahora.

En efecto, si se hubiera penetrado el secreto que el doliente y lánguido maestro abrigaba en su llagado corazón, y que quiso llevar consigo á la sepultura sin confiarlo á un amigo; si se hubiera podido descubrir de dónde provenía aquella habitual melancolía, que anulaba todos los instantes de su vida, no se hubieran hecho tantos comentarios, no se habrían apuntado tantas insinuaciones, casi todas tan malévolas é injuriosas para los que le asistieron en su último trance (1).

Nosotros vamos á descubrir ese impenetrable arcano. La persona que nos le ha confiado, y que hace doce años abrazó en Italia la vida monástica, solo hoy nos ha permitido darle publicidad, con condicion de que ocultemos todos los nombres, salvo no obstante el de Bellini. Lo hemos prometido y lo cumpliremos.

En cuanto á los hechos siguientes, creemos ofrecer una garantía de su autenticidad, hasta en sus mas menudos pormenores, diciendo que la persona que nos los ha confiado ha sido una de las que mas principal papel han representado en el triste drama que vamos á referir.

Cerca de un tercio de siglo hace que vivía en la ciudad de P..., Italia, el último vástago de una rica y poderosa familia, á quien designaré bajo el nombre de marqués de Paregiani. Era este hijo único de un diplomático, célebre en toda Europa. Llegado que hubo á

(1) Alude aquí el autor á las voces que corrieron entonces de que el joven y célebre autor de la *Norma* habia muerto envenenado por sus émulo; acusacion absurda que nunca se pudo probar. Bellini murió en Puteaux, pueblecito inmediato á Paris, y en muy temprana edad.

la edad de 40 años, fastidiado ya de vivir soltero, casóse con una señorita francesa, muy linda, hija única tambien, que acrecentó un inmenso caudal, llevándole en dote mas de cuatro millones de reales.

Emilia (que así se llamaba la marquesita) era una joven muy graciosa y bastante coqueta, que no se habia casado con Paregiani, mas que para adquirir el título de marquesa y ser dueña de sus acciones, despues de haber vivido 18 años bajo la autoridad de un padre rígido, y que mas de una vez la habia contrariado en las inclinaciones que desde niña empezó á manifestar.

El marqués, sabiendo lo mucho que gustaba su muger de bailes y saraos, daba grandes funciones, de modo que su casa, situada en el barrio mas céntrico de la ciudad, era el punto de reunion de la mejor sociedad de P... Sin embargo, aquellos frecuentes convites, que desplegaba la marquesa una esplendidez régia, acabaron por ocasionar un gasto tal, que no habian podido cubrirlo las rentas del año que acababa de transcurrir, por lo cual consideró el marqués que ya era tiempo de reprimir aquel lujo ruinoso; pero no bien apuntó sobre este particular algunas especies á su joven esposa, cuando esta, que habia adquirido sobrado ascendiente sobre él, logró aturdirle de tal modo con sus ataques de nervios, sus ruegos y sus quejas, que al cabo resolvió sacrificar, si era preciso, una parte de su hacienda y dejar á su Emilia en plena libertad de manejar su casa como mejor le pareciese.

Poco tiempo despues, una comision diplomática que confió al marqués Paregiani su gobierno, exigió su partida inmediata para un pais lejano. Precisado á separarse de su querida Emilia, escribió á una tia suya, madama Succi, que residía en una quinta á pocas leguas de P. que tuviese la bondad, durante su ausencia, de reunirse con la marquesita para acompañarla y servirla de madre.—Antes de ponerse en camino suplicó mil veces á su muger que renunciase á un tren de vida, que de cierto no podia ser bien visto mientras durase su separacion; prometiéndole la marquesa, y con efecto, cesaron los grandes bailes y conciertos en el palacio Paregiani. Sin embargo, frecuentábanlo todavía algunos amigos íntimos, y siempre habia una vez por semana una pequeña reunion, sin mucho aparato: madama Succi la habia autorizado, y verdaderamente que en vano se hubiera opuesto á la voluntad de la marquesa, que, joven y alegre, ninguna disposicion sentia en sí á observar, durante el año que debia durar la ausencia de su marido, la vida retirada y tranquila que le habia prometido, y que le imponian el decoro y su obligacion.

(Se continuará).